



## Cuentos y estampas

### ■ EL COMPONEDOR DE CUENTOS

Los que echaban a perder un cuento bueno o escribían uno malo lo enviaban al componedor de cuentos. Este era un viejecito calvo, de ojos vivos, que usaba unos anteojos pasados de moda, montados casi en la punta de la nariz, y estaba detrás de un mostrador bajito, lleno de polvosos libros de cuentos de todas las edades y de todos los países.

Su tienda tenía una sola puerta hacia la calle y él estaba siempre muy ocupado. De sus grandes libros sacaba inagotablemente palabras bellas y aun frases enteras, o bien cabos de aventuras o hechos prodigiosos que anotaba en un papel blanco y luego, con paciencia y cuidado, iba engarzando esos materiales en el cuento roto. Cuando terminaba la compostura se leía el cuento tan bien que parecía otro.

De esto vivía el viejecito y tenía para mantener a su mujer, a diez hijos ociosos, a un perro irlandés y a dos gatos negros.

### ■ EL SECRETO

Mis libros penetraron tanto en mí, que mi espíritu y mis libros vienen a ser una misma cosa.

Carta de un amigo a otro amigo.

Fray Telmo, con su robusta mano, tomó con fuerza de un último anaquel de la rica estantería, olorosa a cedro, los dos gruesos volúmenes de las *Obras* de Cassiodoro y, apoyándolos contra el pecho, bajó lentamente por los travesaños de la doble escalera que lo sostenía.

Hacia veinte años que fray Telmo era bibliotecario del convento de agustinos de México, a cuya venerable orden pertenecía, y cuyos superiores se alegraban de contar en él a un hermano sencillo y laborioso. A su cuidado la biblioteca del convento se había ordenado de tal modo, que los padres agustinos de México tenían separados, en un corto espacio del inmenso salón, los libros que habitualmente consultaban en ausencia de luces naturales.

El sentido práctico de fray Telmo, en veinte años de experiencia, sirviendo a diario los libros que sus hermanos le pedían, había acabado por revelarles el alcance que la acción de su orden podía tener entre los mexicanos y los límites en que había de mantenerse. Este alto secreto, que no sabría él mismo precisar, le daba una seguridad completa en la humilde tarea de colocar los libros para el mayor beneficio de su orden y le había llevado, con ese fin, a reunir en sólo dos estantes las obras en que los padres agustinos venían diariamente a calmar sus dudas o a iluminar sus pensamientos. Todo lo demás de la rica librería, para

el ánimo de fray Telmo, podía desaparecer hecho pavesa sin que dejara de cumplirse el destino espiritual de los mexicanos.

Los padres agustinos de México eran venerados como las otras órdenes, pero no eran populares. Los dominicos tenían vivamente impresionada la imaginación del vulgo por el aparato del Santo Oficio. Los franciscanos ocultaban a menudo conspiraciones y trataban familiarmente con el pueblo. Los mercenarios y carmelitas eran suntuosos y las vírgenes de su devoción eran hermanas de María de Guadalupe, la patrona de México. Los jesuitas habían sido expulsados, con gran ruido, de España y sus dominios. La orden de San Agustín, por el contrario, era discreta. Vivía cómodamente en el interior de su convento, cuidando con escrúpulo de que sus buenas relaciones con las demás órdenes nunca tropezaran, y ensanchando con habilidad sus simpatías entre las familias nobles de la ciudad que llegaron, en su mayor parte, a entregarle la dirección de sus espíritus. Ante el común de los fieles mexicanos su significación no pasó jamás de una oscuridad prudente y respetable. De su seno salían predicadores ardientes y escritores ilustres que eran celebrados, pero el sabio fray Telmo sabía bien que, para lograr con dignidad en México la eficacia de sus sermones o de sus escritos, no tenían que consultar más allá de los dos estantes de libros que les había dispuesto.

Mientras el docto bibliotecario no se apoderó de esta verdad tan importante, tuvo que recorrer minuciosamente la biblioteca entera, penetrar en muchos libros, sufrir graves equivocaciones y, al cabo del tiempo, tolerar la fama de hombre sabio en letras sagradas y profanas.

A los veinte años de servir así a su orden, en el tranquilo ambiente de la biblioteca, fue sorprendido por una discusión teológica que desde el principio llamó toda su curiosidad. Versaba sobre la desigual nobleza de las cosas materiales para servir de instrumento al milagro, y era sostenida por dos agustinos famosos por su ciencia y gravedad, que juntos se ocupaban de refutar un folleto anónimo. Amantes como eran de las fórmulas, apenas se dieron cuenta de que su argumentación subía de tono, se apartaron a un ángulo desierto del salón y convinieron desarrollarla en voz baja. Fray Telmo los siguió y pudo escuchar que el más vehemente, después de desviar con malas artes a su adversario de la tesis propuesta, acabó por citar una frase de Lactancio en que se menosprecia el milagro y, para rematar su efímero triunfo, trató con amarga ironía a su contradictor por el conocimiento que mostraba de Cassiodoro.

Terminada la discusión, las más crueles preocupaciones asaltaron el ánimo del bibliotecario. La importancia de purificar las fuentes en que abrevaban de ordinario los padres agustinos le pareció evidente, y atormentaba su conciencia la idea de que,



por negligencia suya, la obra de su orden, en México, quedara débil y movediza de algún punto.

Fray Telmo tenía de Cassiodoro una pobre opinión. Le consideraron como un hombre servil y ambicioso en una corte decadente. Su estilo era pesado, como de quien no ve en él lo principal, sino la forma de vanidad que conviene a un anciano para coronar el esplendor de la riqueza adquirida. Su devoción era tan fría que ninguna conversión había logrado en su tiempo, de que hubiera memoria, a pesar de su grande influencia en el gobierno. La vasta erudición de sus obras, era fruto de su opulencia y de su descansada y vigorosa vejez.

Por esto Cassiodoro, según fray Telmo, no había de ser provechoso a los mexicanos y los padres agustinos con trabajo llegarían a servirse de él, y estaba retirado de los dos estantes en que se guardaban los libros más útiles.

Lactancio estaba entre ellos por su bien templada elocuencia y su dialéctica incisiva, armas en que toda milicia espiritual debe educarse; aunque a fray Telmo parecieran, más bien, heridas abiertas del despecho en un espíritu apasionado; pero esta prevención personal nunca llegó a apartarle de su deber de religioso. Por eso, aquella vez, oyó con extrañeza la cita de Lactancio que el final de la discusión teológica había arrojado como una inquieta flama.

Con la mayor desconfianza emprendió pues nueva y cuidadosa lectura de los textos, y acabó por descubrir en Lactancio, clara y brillante, la frase peligrosa. Al ver en sus manos la reparación de un error tan funesto, en su corazón de sabio se regocijó grandemente.

La torpeza espiritual que conocía en los mexicanos y el celo por su orden, no tardaron en decidirlo firmemente entre la herejía encubierta y la erudición vanidosa; y al caer por la tarde un tenue manto de sombra en la magnífica estancia, el sabio fray Telmo hizo en secreto el cambio de los libros, sin temer que su acción podría fijar para siempre el destino espiritual de todo un pueblo.

#### ■ EL ALBAÑIL

terminaba el año de 180... bajo la dirección de Tolsá, la cúpula de la iglesia catedral de México, que sobresale airesamente del edificio y deja ver el poniente despejado con un fondo de montañas.

Al pie, los grandes trozos de piedra eran labrados por millares de hombres que hacían sonar sus martillos contra el hierro del cincel acompasadamente, y en torno se levantaba en el aire un polvo fino que se doraba al sol de la tarde. Las canteras labradas eran ascendidas penosamente por grandes grupos de hombres, mediante cuerdas y máquinas, a lo alto de la iglesia.

En los últimos andamios, un oscuro albañil descansando miraba hacia abajo un gran trozo de piedra, suspendido en el aire que subía pesadamente y al parecer estaba destinado a una cornisa.

Las campanas más graves de las iglesias hicieron sonar en aquel momento sobre la ciudad el toque de oración. Todos los golpes y los murmullos de abajo se contuvieron al instante. oscuro albañil se incorporó y, descubriendo una fina cabeza, paseó rápidamente su vista alrededor mientras rezaba. Debajo de un crepúsculo grandioso, la ciudad colonial parecía muerta. Una luz rojiza tocaba los perfiles de las casas señoriales más altas, iluminaba el bronce de la estatua ecuestre de Carlos IV en el centro de la plaza majestuosa y venía a recogerse en las almenas del palacio de los virreyes.

#### ■ INTERIOR

A través de los vidrios del balcón colonial, corrida una ligera cortinilla blanca, el rostro del anciano aparecía distraído sus cansados ojos con mirar el vaivén incesante de la calle.

Era un anciano apacible de ojos tristes. No podía participar ya de los hombres, ni del mundo, y se contentaba con mirarlos detrás de los vidrios de su viejo balcón, mientras la tarde iba cayendo.

Siempre estaba con una gorra de terciopelo negro echada sobre la frente, que dejaba escapar por los lados escasas matas de cabellos blancos. Una barbilla temblona afinaba su rostro y le devolvía, muy empañado, el brillo de una pasada energía. Sobre sus labios delgados un bigote suave sostenía el imperio de una bondad ejercitada largo tiempo.

Nunca se vio que aquel anciano tuviera compañía, ni que su rostro se mudara por causa de inquietud secreta.

Aquella casa debía pertenecerle por herencia. Allí mismo había nacido. Los muebles cómodos y blandos que ahora le confortaban, desde su infancia le eran familiares y se hubiera sentido mal seguramente si apleguen trastornara sus sitios. La tranquilidad inmutable de su espíritu le hacía inapreciables las horas que pasaba en la espaciosa sala, dando lentos pasos, en intensa comunicación con las cosas, entre cuadros, colgaduras, cortinajes, muebles, porcelanas, tapices, todo de otra edad, que desde pequeño conocía en igual orden y concierto.

De todas ellas a ninguna concedía una virtud de evocación mayor que al viejo reloj de Sajonia, que, bajo su capelo de cristal, siendo él muy niño, ya le atraía hacia las muchas figuras que tenía en relieve y ahora le daba las horas lentas y seguras.

Desde ese amable fondo, en las tardes lluviosas del otoño, el anciano gustaba particularmente de sentarse junto al balcón y volar por largo rato, hacia los hombres, la indiferencia de sus ojos cansados.